

VOCES, RETRATO, EL PROFESOR, ANÉCDOTAS

Ángel GUINDA y Trinidad RUIZ MARCELLÁN

Voz

Ángel

Cuando tuve ante mí por primera vez al Adonis que, jovencísimo, era Túa —y aún lo es— sentí una corriente electrizante de inteligencia, sensibilidad, imaginación, cultura, humor serio, elegancia natural, creatividad, inquietudes sorprendentes. De estas inquietudes, la que más me conmovía era la musical con su Doctor Túa y Los Graduados.

De estatura baja como Bécquer, como Larra o Picasso; el cuerpo magro, bien proporcionado, labios finísimos, estilizadas manos suaves de pianista, cabeza coronada por multitud de bucles o boquitas de cabello moreno, en ocasiones rubio tintado, ahora plata; ojos chispeantes, orejas armoniosas bien simétricas, contundente y perfilada nariz. De elegancia exquisita, incluso en deportivas, a veces quebrantada con voluntad rebelde, punk. Y un estilismo más rompedor que el de sus propios alumnos.

Tanto valor no podía pasar desapercibido para una belleza intelectual, Elena Pallarés Dúkar, poeta y profesora en la Facultad de Letras de Zaragoza, de quien Túa era alumno predilecto, y poco a poco ambos mutuamente enamorados con una reciprocidad indestructible. Elena y su hermana Pilar llamaban la atención cuando se las veía por el Campus de la Universidad, sonrientes siempre, tan rubias y glamurosas, con sus pamelas, sus sombreros; me recordaban a Sylvie Vartan.

Nuestra amistad no ha dependido de la frecuencia de nuestros encuentros sino de la intensidad de los mismos. Recientemente recordaba Manuel Martínez Forega en facebook que, a comienzos de los 90 ¡del siglo pasado!, la pareja nos deleitó en su nido (inolvidable, para quienes hemos tenido la suerte de visitarlo, por los colores rojo y negro de alguna de sus paredes) con una sabrosa y gratísima cena.

Dado que yo trabajaba de maestro en Luesia (Prepirineo aragonés), sólo podía estudiar Filología románica en los cursos nocturnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Donde tuve profesores como Guillermo Fatás, Maite Cacho, Pilar Cuartero, M.^a Antonia Martín Zorraquino y Pedro Luis Blasco.

Anécdotas

—Tuve la suerte, también inolvidable, de haber sido invitado al enlace matrimonial de estos renovados Romeo y Julieta. Conservo una fotografía en una mesa del banquete de boda (que se celebró en El Cachirulo) en la que aparezco escoltado por Alfredo Saldaña y Antonio Pérez Lasheras. El vestido de novia era una joya: estaba confeccionado por cientos de cristales y había sido adquirido en Londres. Acabada la comida, me levanté para ir al servicio. Al entrar a los urinarios, coincidí con don Félix Monge que se disponía a salir y me dijo: “Perdone, Guinda, que no le dé la mano pero me la acabo de tocar”.

—En la puerta del Departamento de Túa podía leerse esta pintada escrita con rotulador: “Ángel Guinda pierde orina”.

—El año 1987 El Silbo Vulnerado montó el espectáculo “Más margen, malditos: Poemas de Guinda, Irigoyen y Panero”, que se estrenó en el Teatro del Mercado de Zaragoza el 26 de febrero y estuvo en cartel hasta el 1 de marzo. También se representó en las Fiestas del Pilar en El Patio del Museo el 9 de Octubre. Y llevaron el espectáculo a Argentina y otros países latinoamericanos.

El director del grupo, Luis Felipe Alegre, solicitó al Director del psiquiátrico de Mondragón permiso para que el autor de *Narciso* viajase en tren a Zaragoza. Leopoldo M.^a Panero escribió a Luis Felipe rogándole me comunicase que fuera a recibirle a la Estación de El Portillo. Informé de su deseo a varios amigos y amigas y, todos juntos, fuimos recibir al poeta. Entre ellos estaban Helena Santolaya, Jesús Lou, Luis Felipe, Marta Guerrero, Goyo Maestro, Julián el panadero y creo que Túa. Todos acabamos de madrugada en El Monaguillo. En el descanso de alguna representación Leopoldo intentó ejercer conmigo su bisexualidad.

Estuvo en mi casa unas horas y, al día siguiente, lo acogió en la suya de la calle Méndez Núñez mi excuñada Marta Guerrero que entonces vivía con el guitarrista Goyo Maestro. A mitad de marzo tuve que trasladarme allí (también se había desplazado Túa) para intentar convencer a Leopoldo de que me acompañase al Hospital Provincial para hacerle un reconocimiento médico ya que estaba pasando unos malos días y el poeta padecía una hepatopatía crónica, según él mismo me había confesado por carta. Se negaba rotundamente, pero finalmente aceptó. Cuando un médico le exploró y le hizo alguna prueba, aconsejó que se quedase un par de días hospitalizado. Yo le estaba esperando en compañía de Jesús Lou, Luis Felipe, Túa, etc., en el vestíbulo. Cuando, de pronto, le vi aparecer por mi izquierda a lo lejos y sentí sus manos oprimiéndome el cuello mientras me decía “traidor” por haberle ocultado que tenía intención de dejarlo hospitalizado, cosa que era mentira.

—Hace unos años, un mediodía de primavera vi de lejos a José Ángel Blesa Lalinde con su perra en el Parque José Antonio Labordeta, al lado de un árbol de grueso tronco, próximo a la orilla de la calzada. Me fui acercando, me agazapé tras otro árbol y comencé a ladrar; callaba y observaba la reacción del animalico y la de Túa. Volvía yo a ladrar y callaba de nuevo. La perra movía a un lado y

otro la cabeza buscando a su congénere ladrador. Túa permanecía tranquilo. Hasta que a otra tanda de ladridos correspondió el animal ladrando y Túa comenzó a reaccionar. Salí, me acerqué y deshice el entuerto. *Cave canem*.

Para hablar de Túa profesor cedo la palabra a una notable alumna suya, la poeta y editora Trinidad Ruiz Marcellán.

Voz

Trinidad

El profesor

Querido Doctor Túa: ojalá supiera expresar —desde estas líneas— lo que significaste para mí (Profesor, en Filología, de Crítica Literaria y de Literatura Comparada) y sigues representando, en lo más hondo, mi querido Profesor. Simpático, magnífico orador, creativo, cercano. Como en el “Club de los poetas muertos”, amando y trasmitiendo en clase la pasión poética; cuántas veces, impactados por tus palabras, nos levantaste de la silla a más de uno. Más que competente, magistral. Tu sentido del humor, sensibilidad e inteligencia te hicieron único.

Supiste potenciar valores personales en cada uno de nosotros a través de la palabra. En mí atizaste la llama editorial de qué manera. Trascendiste tus clases excelentes al compromiso humano y cultural acompañándonos en ediciones y presentaciones de Olifante. ¿Nunca te di las gracias por la Matrícula de Honor que me diste en la carrera? Todavía tiemblo por ello y por tu generosidad.

A modo de carta, como lo hizo Albert Camus a su Profesor Germain en la lectura al recibir el Nobel, humildemente te doy las gracias por todo lo aprendido, emocionado y convivido contigo en la Universidad, mi querido Profesor Doctor Túa.